

UN ACONTECIMIENTO HISTORICO



Va a comenzar la peregrinación. Por vez primera un Papa se dispone a viajar en avión. Son las ocho de la mañana del día 4 de enero. Una gran multitud le despidió en el aeropuerto.

(Fotos ITALPRESS)

Reportaje gráfico de nuestros enviados especiales:

RAYMOND DAROLLE
ANDRE SAS
CLAUDE FROMENTI

Texto de
E. MIRET MAGDALENA



PABLO VI

EN TIERRA SANTA

PABLO VI, EN TIERRA SANTA



Dieron escolta al avión del Papa, desde su despegue del aeropuerto romano, tres escuadrillas de cazas Italianos. Dos de ellas volaron a sus flancos, y la tercera le sobrevoló en permanente vigilancia. En Amman aguardaba al Pontífice el rey Hussein de Jordania. A su llegada se oyeron veintidós salvas de cañón, y una inmensa multitud congregada lo aclamó con entusiasmo. Tras el acto de recepción, el Papa partió para Jerusalén.

EL Papa está emocionado. Como en un rápido film, han desfilado ante su vista y su corazón los lugares que vieron nacer, vivir y morir, a su Jefe y Señor, Jesucristo. El no es más que su Vicario en la tierra. Un hombre de carne y hueso, con su grandeza y su debilidad, que representa

a Cristo entre los hombres, con «humildad y modestia», como ha confesado en su mensaje a todos los pueblos.

El, todos los días, tiene que aprender a hacerse digno de esta misión, que está por encima de sus fuerzas humanas, y necesita alimentarse de la vida de Jesús como cualquier

otro cristiano. Por eso ha querido ir a Jerusalén como simple peregrino, no como cabeza de la cristiandad, y ha dejado en Roma su pectoral, llegando a las tierras de su Señor con un sencillo manto y una modesta sotana, como otro sacerdote cualquiera, aunque vestido de blanco.

Este blanco que no es de distinción, sino de atadura a Cristo, en recuerdo de aquel religioso que fue Papa: San Pío V, y desde el cual todos los Papas quisieron vestir el blanco hábito, como si fuesen humildes religiosos, atados por votos de fidelidad a Jesús, su Amo y Señor.

Mucho es lo que esta visita hará reflexionar a los hombres, y mucho será lo que servirá este viaje de reflexión al propio Papa.

¡Cuántas cosas que no son esenciales a la Iglesia, y que sirven de pantalla a nuestra religión, han de ser «purificadas!» Este contacto del «líder» espiritual de los católicos con las fuentes del cristianismo, ha de aportar una nueva era, deseada por el pueblo y



vislumbrada por los padres conciliares a lo largo de la segunda sesión del Vaticano II. Ha de ser la era del «otro Cristo» en la tierra, la de la «iglesia de los pobres».

Al mundo ya no le sirven, para simbolizar la religión, los signos de dignidad que empleaban los emperadores y altos funcionarios romanos. Hoy estamos más cerca del tiempo de Jesús, que de la época brillante medieval, con aquellos obispos mitad señores feudales y mitad representantes de Cristo.

¿Qué impresión hace en el pueblo esa «capa magna» que llevan los cardenales, obispos y canónigos, desbordante de excesos lujosos, a la vista de quienes apenas tienen que dar de comer y vestir a su cuantiosa y pobre familia?

Un valiente obispo yugoslavo ha confesado en el Concilio que «en la antigüedad había muchos obispos santos, y esta tradición se ha perdido». ¿Por qué? Porque «es inútil hablar de la Iglesia de los pobres, si los obispos no son ni parecen pobres». **SIGUE**



PABLO VI, EN TIERRA SANTA



«Los pobres son el signo de la presencia de Cristo en la Iglesia, y nosotros seremos juzgados sobre nuestra actitud con ellos», afirmó el cardenal Gerlier en la segunda sesión del Vaticano II.

Y para ello, «la Iglesia tiene que hacer que no haya más pobres sociológicos» (cardenal Arriba y Castro), por un lado, y, por otro, mostrarse más modesta y sencillamente, como lo ha hecho Pablo VI en todas sus manifestaciones exteriores.

De nada servirá el Concilio si no se cum-

ple el deseo que expresó el gran metropolitano monseñor Slipyi, perseguido por el comunismo hasta hace pocos meses: «Del Concilio esperamos una gran renovación de la acción social. Que la Iglesia aparezca como estando al servicio de los pobres. Que esté dispuesta a ayudar a la humanidad en los grandes cambios sociales y técnicos».

Por eso ya no cabe que la Iglesia esté adoptando siempre, ante cualquier persecución, una postura de dignidad ofendida, sino que «debe estar presta a afrontar cualquier cosa

por Cristo». Esta identificación con los problemas del pueblo, alegres o tristes, que Jesús nos lo demostró constantemente en su vida, es lo que desea el mundo de la Iglesia. Y ése es el mensaje que los obispos polacos trajeron al Concilio, con su experiencia mezcla de persecución exterior y de triunfo interno de la fe del pueblo.

El mundo que nos rodea, el de «aquellos que están o se sienten como extraños con respecto a la cristiandad» (Pablo VI), hay que acogerlo con «inmensa simpa- **SIGUE**



En las riberas del Jordán, donde fuera bautizado Cristo, cerca del puente de Abdullah. Después de orar durante unos momentos, el Papa se volvió a la multitud y la bendijo. El helicóptero del rey Hussein sobrevolaba la escena. Fue éste, sin duda, uno de los instantes de la peregrinación de más intensa emoción.



PABLO VI EN TIERRA SANTA



En la puerta de Damasco, el Papa descendió de su coche para realizar a pie el camino de la Cruz hasta la iglesia del Santo Sepulcro, totalmente repleta de fieles. Después celebró la misa sobre un altar de madera.



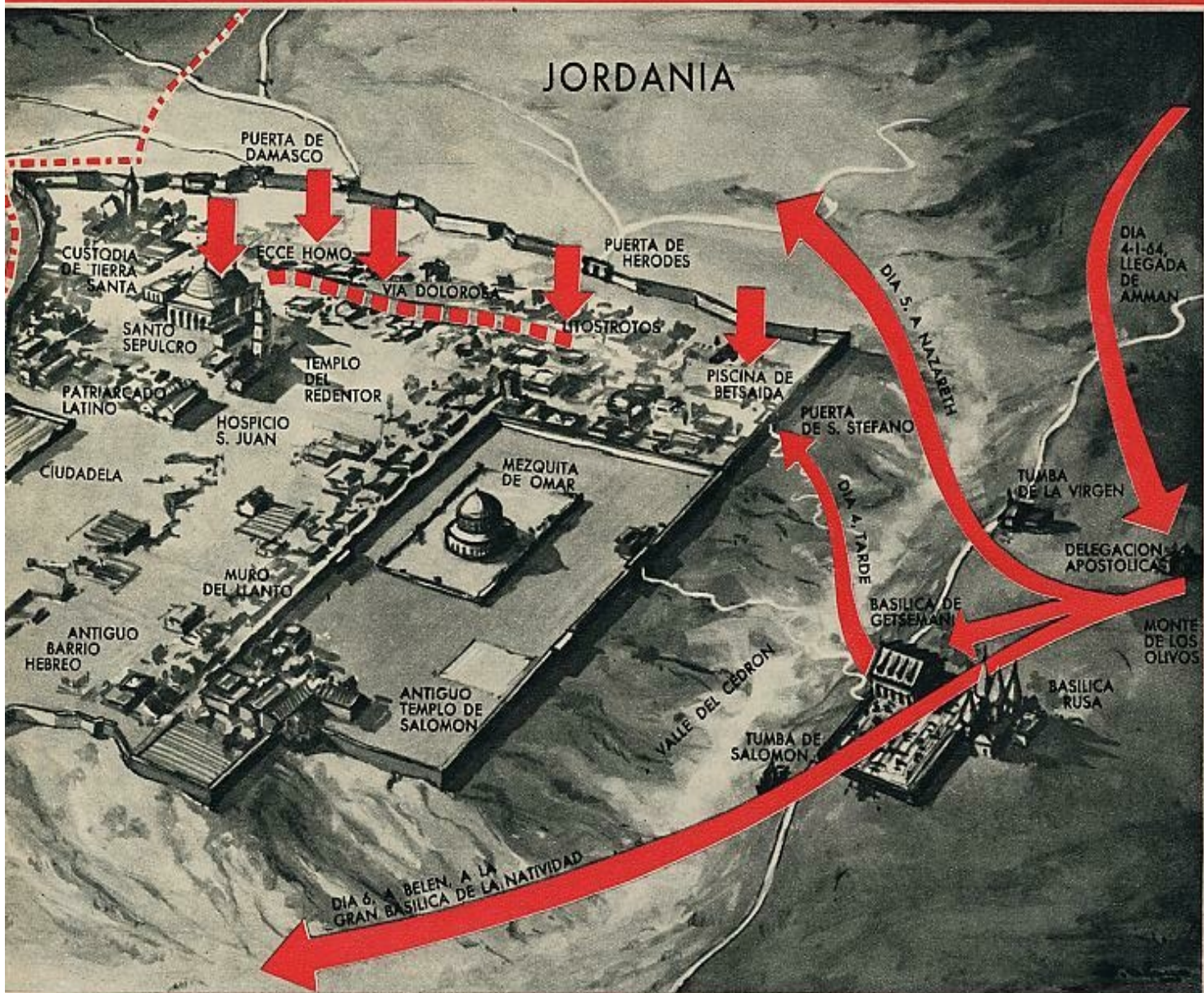
Una interpretación panorámica de la ciudad de Jerusalén.

tía». Y para eso tenemos que estimular el desarrollo de todos los hombres y la promoción de todos los necesitados, pueblos o individuos.

No se tratará, de ahora en adelante, que la Iglesia se sustituya a los hombres y les quiera sacar de sus penas materiales y morales con un exceso de «paternalismo». No se trata de repartir dólares, sino de «que el hombre sea consciente de su miseria y desee salir de ella primariamente por sus propios medios. Los dones, sean los que sean, pero que se reciben pasivamente, agravan la pasividad del necesitado y lo clavan en su miseria» (obispos de Madagascar).

El Papa, en aquel ambiente de miseria y de dolor que es la actual Palestina dividida, ha querido subrayar un tono de esperanzado optimismo. Y ha dicho bien claramente que la religión católica debe seguir a su Fundador, para el que «no hay cualidad humana que no haya respetado, realizado y redimido».

Por eso, la Iglesia, si es fiel a su misión, tiene que ser la que estimule y ayude a la superación de todas las barreras entre los hombres: la raza, la clase social, el dinero, la cultura, ya no pueden ser obstáculos para llegar a la esencial igualdad de todos los hom-



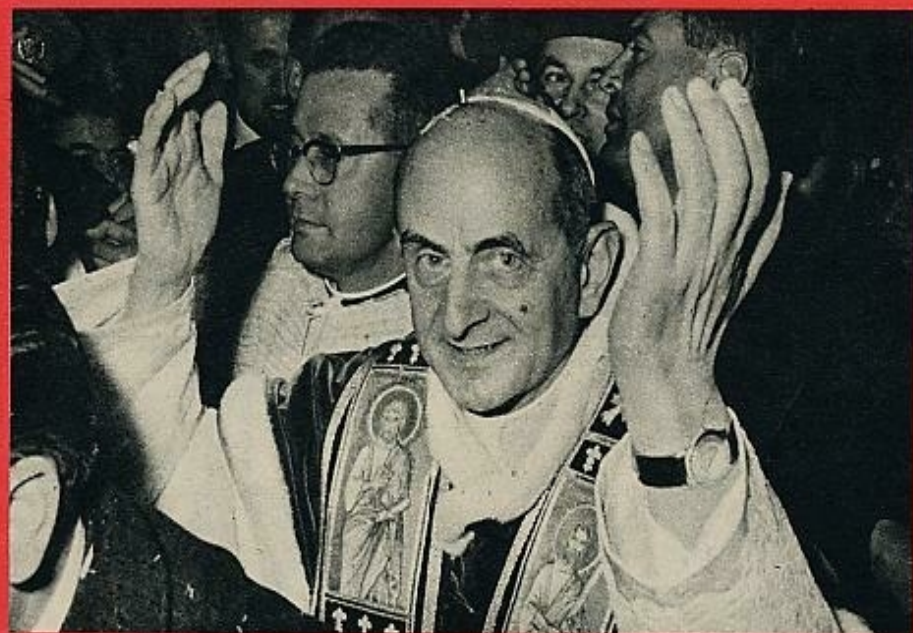
En ella figuran los distintos itinerarios cubiertos por el Pontífice durante su peregrinación, igualmente aparecen indicados los nombres de los diferentes lugares visitados.

bres. Ya no ha de ser posible que unos nos miremos a los otros con superioridad. Las clases sociales, tal como hasta ahora han existido, todavía son reliquia de la época de las «castas». Y es necesario que nos demos cuenta que «las distancias entre las clases se han atenuado» (Pío XII), y esta evolución social debe ser favorecida por los cristianos. Ya no se concebirá en el futuro que consideremos ciertos oficios, como el de la muchacha de servir o el de peón, como correspondientes a seres de inferior categoría; porque todos son necesarios al conjunto de la sociedad e igualmente dignos a los ojos de Dios. Siempre habrá grupos sociales, pero no castas ni clases sociales cerradas, porque cada vez ha de haber «más apertura y contactos vitales entre los grupos mismos» (Pío XII).

Los católicos ya nunca más podremos canonizar las diferencias que son «fruto del privilegio, del favoritismo, de las protecciones o de la explotación humana» (secretario de Estado del Vaticano).

Desde ahora será una figura ejemplar la de aquel cardenal de Pío X y Pío XI, que nunca quería coger un coche para pasar por los barrios romanos. Era un

SIGUE



En su recorrido, Pablo VI recibió el homenaje de católicos, musulmanes e israelíes, unidos por igual entusiasmo.



PABLO VI, EN TIERRA SANTA



En el mar de Galilea, el Pontífice recoge un poco de agua en sus manos. Es la suya una peregrinación inolvidable por los caminos de Jesús. En Cafarnaum —abajo, a la derecha— contempla los vestigios de la sinagoga. Arriba, Pablo VI en el momento en que es recibido al entrar en Israel, por el Presidente Salman Shazar.

religioso jesuita, inteligente teólogo, y que, al final de su vida, renunció al cardenalato. Se llamaba el cardenal Billot. Siempre fue su divisa la sinceridad y la modestia; como lo fue, en otra figura intelectual muy distinta, el gran Papa Juan XXIII.

Pablo VI ha tenido un gesto que resume todo cuanto se puede decir del ideal del jerarca máximo de la Iglesia de Cristo. Poco antes de abandonar Jerusalén fue a visitar a un pobre árabe paralítico, de religión católica, en un gesto de verdadera sinceridad cristiana, para pedirle que rezara por él.

Todavía resuenan en mis oídos las tristes palabras de un sacerdote que, en el día de Navidad, le oí predicar contra la excesiva insistencia en la caridad material a la que, en esos días pascales, es tan frecuente exhortar. Nos decía que había que hablar más de Dios y ampararse menos en las necesidades corporales. Porque lo que valía era la gracia espiritual. Eso me sonaba a mí totalmente distinto que las palabras de Pablo VI desde Palestina. Porque, ¿cómo van a conocer los hombres al verdadero Dios, sino a través del amor? ¿No dice San Juan que «Dios es Amor»? Y la caridad con Dios y con el prójimo, ¿no dicen los teólogos que son una misma virtud? Y el apóstol de Patmos, ¿no dice que «el que poseyera bienes de este mundo y viere a su hermano en necesidad, y cerrare sus entrañas, cómo puede morar en él la caridad de Dios»?

No prediquemos al Dios justiciero y duro, sino al amante de los hombres que se encarnó en Jesucristo, y cuando quiso resumir

su enseñanza se acordó sólo de las obras de misericordia corporales, porque son las primeras que hay que atender en los hombres.

La paz es el segundo mensaje que nos envía Pablo VI desde Tierra Santa. Por eso se dirigió en hebreo al Presidente de Israel, al final de su discurso, para pedir «shalom, shalom». Paz, paz.

Esa misma paz con justicia que pedía el rey Hussein en su contestación al Papa. Pero, con la justicia de Dios, no sólo con la de los hombres, porque, como les enseñó a los fariseos de todos los tiempos Jesús, su justicia no era como la suya.

Tiene de una vez que terminar el escándalo de que hasta Juan XXIII no haya habido una declaración completa, tajante y explícita, en la Iglesia contra la guerra actual. Ya es hora de que no se intenten resolver —como pedía el Papa anterior— los conflictos humanos por la fuerza. Es preciso que todos creemos un nuevo clima de paz y serenidad que evite los derramamientos de sangre y las vidas truncadas. El mundo del futuro tiene que levantarse no por la fuerza de las armas, sino por la potencia de las dos grandes palancas de la humanidad, la familia y el trabajo, como nos ha recordado Pablo VI en Jerusalén.

Los cristianos tenemos que ser más «encarnados», no podemos vivir en una «santa indiferencia» de las cosas creadas. Hemos de «considerar como una vergüenza dejarse adelantar en ardor de trabajo, espíritu de iniciativa e, incluso, de sacrificio» (Pío XII) por los que no lo son.

SIGUE





Ultima jornada del Papa peregrino en Tierra Santa. Su automóvil, escoltado por los «jeeps» de la Legión Árabe, al hacer su entrada en Belén, donde, según sus palabras, pediría «para todos los hombres el don de una paz verdadera y durable».



«Un cristiano que no se preocupase por los problemas políticos, económicos y sociales de su país, no sería un verdadero cristiano. No sería discípulo de Cristo, el cual se interesó por su pequeño país de Palestina» (obispos africanos del Alto Volta). Por eso, Pablo VI ha recalado que «deseamos trabajar por el bien del mundo, de su interés, por su bienestar». La Iglesia ya no ha de ser «el opio del pueblo», sino la defensa de sus legítimos derechos.

El Papa ha hecho una declaración que, por su importancia, no puede dejar de ser subrayada.

En la última hora del Concilio se agitaron las discusiones en torno a la libertad religiosa. Algunos todavía querían poner por encima de ella los derechos de la Iglesia y de los católicos. Pero Pablo VI, públicamente, ha corroborado la enseñanza de Juan XXIII en la encíclica «Pacem in terris», afirmando, con sinceridad y humildad, que la Iglesia de Jesús, quien no quiso que Pedro utilizase la espada contra sus enemigos, ni que aparecieran legiones de ángeles para protegerle humanamente, es la Iglesia que no tiene «otro interés que anunciar nuestra fe; nosotros no pedimos nada, sino la libertad de profesar nuestras creencias y de predicarlas a **SIGUE** quien las acepte con plena libertad».

PABLO VI, EN TIERRA SANTA



El abrazo entre Pablo VI y el patriarca Atenágoras. Sus entrevistas fueron largas y afectuosas. «El mundo cristiano —diría el Patriarca poco después— ha vencido la noche negra de la separación». De «hora histórica» calificaría el Papa este momento.



Pablo VI en la gruta donde nació Jesús. El Papa ofició una misa en la iglesia de la Natividad y oró en la gruta. Después, al encontrarse con el patriarca Atenágoras, rezó, junto con él, un Padrenuestro.

Con esto se ha dado un paso hacia la unión de los cristianos más grande que cualquier otra declaración.

El abrazo entre el patriarca ortodoxo Atenágoras y el «primer obispo de la Iglesia», Pablo, no podía ser sincero sin esta declaración de total respeto y humildad evangélica.

Por eso ha tenido que impresionar tanto a los cristianos orientales la postura del Papa pidiendo al Concilio que «asegure para la vida de la Iglesia una nueva forma de sentir, de querer, de comportarse».

Los orientales echan en cara a la Iglesia de Roma que ha perdido su belleza espiritual, ahogada en sus ritos severos y leyes rígidas, víctima del juridismo romano. Por eso, Pablo VI ha dicho que a la Iglesia hay que «hacerla recobrar una belleza espiritual bajo todos los aspectos... en la oración y la enseñanza, en el arte sagrado y en las leyes canónicas».

El Papa hace una confesión, que suena totalmente nueva, cuando dice: «Esta voluntad de Cristo (de unidad) se impone a nuestras mentes y nos inclina a emprender con sabiduría y amor todo aquello que sea factible permitir»; en una palabra, «tomar en consideración todo medio razonable que sea susceptible de facilitar las vías del

PABLO VI, EN TIERRA SANTA

diálogo, de alcanzar el mutuo respeto y la caridad absoluta con nuestros hermanos cristianos todavía separados de nosotros».

Las cuatro veces que se vio en Palestina Pablo VI con el patriarca de Constantinopla, representante del Oriente ortodoxo, son presagio de una nueva era de «aggiornamento» para la Iglesia y de unión para todos los cristianos. Así podrán dar el paso hacia la unión los separados «con honor y en medio de un gozo mutuo».

De cara a los protestantes ha tenido también algunas frases que harán meditar, pues les sonarán a algo muy querido de ellos: a Cristo le ha llamado el Papa «el mediador y el intercesor único». Entre nosotros y el Padre celestial no se interpone nada: la Iglesia, los santos y la Virgen, son instrumentos

nada más, pero sin interponerse en el camino del único mediador entre Dios y los hombres.

Y frente a las persecuciones, materiales o morales, que sufre en algunos países la Iglesia, Pablo VI ha querido ser consecuente con todo lo que decíamos al principio, adoptando una postura serena de convivencia y no una ofendida repulsa combativa y polémica. A todos los hombres que están fuera de la creencia en Cristo, y algunos de los cuales «se esfuerzan por impedir su predicación o en combatir a los fieles», les envía un «recuerdo paternal y doloroso», y «serenamente les preguntamos: ¿por qué, por qué?».

E. M. M.

SERVICIO ESPECIAL EXCLUSIVO
«EUROPRESS»



El Papa hizo una entrada triunfal en Belén. Una multitud de niños arrojó flores a su paso. En la foto, vemos cómo le aclama un grupo de sonrientes monjas.



El regreso a Roma, entre aplausos y vítores. El Papa hizo de pie, en su coche, el recorrido hasta el Vaticano. En el aeropuerto había sido acogido por el Presidente de la República y el Gobierno italiano en pleno. Luego, desde una ventana de sus habitaciones, el Pontífice saludó a la multitud. (Foto EUROPA PRESS)

FIN